

LISÍSTRATA

Enrique González Rojo Arthur

La tierra americana es una mujer
accesible
pero pudorosa;
si omitimos el verde recato de sus selvas,
la castidad de sus grutas,
los ríos que reparten canciones
a sus márgenes
con los labios cerrados
y los púberos rosales
que se hallan todavía
a sólo un capullo
del desfloramiento por los ojos,
ofrece diversas partes de su cuerpo
-lomas, rías, esteros- a la intemperie,
a llovizna de miradas,
a sandalias que se deslizan
por los desfiladeros del peligro,
a báculos contruidos en los talleres
de la aventura.

Pero “Los ocotes” y “Las milpas”
son dos pueblos perdidos,
amurallados por el borroso espacio
de sus puntos cardinales,
ignorados por el zenit de la geografía
y sus ojos de águila.
Sus relaciones con lo fuereño y
“civilizado”
son tan raras como la lluvia con granizo
que, en cierta ocasión, puso al calendario en
aprietos
al adelantar la navidad por varios meses
y propiciar el aborto, ay, de algunos
villancicos.

La vecindad de los dos
(cuando comparten
“un aire suave, de pausados giros”
o un calor que lleva a todo ser viviente
a darse duchazos de sombra
en árboles frondosos)
es tan estrecha, tan insoslayable,
tan de todos los días a las 7 de la noche,
como el acoso sexual que inflige el viento
a la mujer que saca a pasear a la calle
sus voluptuosas formas

borradas y exaltadas
por la moral ambigua del vestido.

No son dos pueblos hermanos,
amorosos,
como los gemelos
que, desde el hueco paradisiaco
del vientre de su madre,
bajan entrelazados a este mundo.
La palabra fraternidad
fue arrancada de su único diccionario
por una de esas polillas que, rapaces,
paladean letras, vidas, sueños,
y van regando silencios a su espalda.
La lluvia pertinaz que comparten
no les apaga la frente en llamas
ni les humedece la pólvora
de sus malquerencias.

Se diría que la naturaleza los parió
de mala gana,
con estados de ánimo contrapuestos;
que su placenta tenía un sabor amargo
y sus cordones umbilicales se enroscaron
en lucha de serpientes.

Se diría.

Levantaron entre ellos
una frontera de nopales y de cactus,
una alambrada vegetal de púas,
tan inmóvil como lo consentía el viento,
que vigilaba, a violencia en ristre,
que cada quien se mantuviese
en la zona del odio en que naciera,
sin ceñirse las oprobiosas calzas
del intruso.

Pero la auténtica línea divisoria
entre los unos y los otros,
no se hallaba en los afueras de las sienes
o en el externo arranque de la infinitud,
sino que coincidía con aquella que divide
el cerebro en hemisferios,
gestando el prejuicio en cada uno
de ver, tras la nopalera, en los *de allá*
al eterno enemigo,
no sólo de la presencia
de los *de acá*,
o del formar parte del inventario de seres
que le sirven al todo de alimento,
sino de su cuota personalísima

de respiraciones
y del trote acompasado
del equino invisible de su pulso.

Los dos pueblos habían hecho
desde tiempos inmemoriales
un pacto de sangre con el desamor.
Y su tristeza por el bien ajeno
les llevaba a proclamar “duelo nacional”
a toda buena suerte
que les cayera del cielo
a sus vecinos.

Y todo ello se veía reforzado
por los innumerables hechos, traiciones,
iniquidades,
empujones al abismo
que condimentaban la costumbre
y eran dignos de aparecer
en toda *historia verdadera* de famosos
aborrecimientos y aversiones.
Desde tiempos, ay, inmemoriales.

Y llegaron al extremo
de que un “¿qué me miras?”
(dicho por un individuo a otro) anunciaba

el brotar amapolas en la carne
y paladas de tierra, lascas, tiempo,
como el *requiem* monótono
en que el ser lanza plegarias a la nada,
y también, de que,
cuando advirtieron que ciertas palomas,
al volar de un pueblo al otro,
parecían llevar mensajes de hermandad
(de bandera blanca -como la de esa leche
de madre recién parida por la criatura
hambrienta que ha engendrado),
cada villorrio fraguó su particular
masacre de avecillas.
Son pueblos acompañados siempre
no sólo de los consabidos
cementerios
-donde hasta el aire que entra,
lo hace de puntitas-,
sino de panteones de palomas,
en extraños territorios
emplumados, sollozantes.

En ambos sitios

no sólo hay hombres y mujeres,
jóvenes y viejos,
niños y niñas,
los que gozan de salud
y quienes cargan en el cuerpo
una entraña repleta de gusanos,
gordos y dos que tres pobres criaturas
cuya carne ha perdido a las vencidas
con los huesos,
personas que creen en Dios
y tienen los ojos azules
y las que juran por el sagrado
corazón de la materia
que las iglesias son fumaderos
del opio hipócrita y vergonzante
del incienso.

Y también hay por lo menos un loco.
Un deschavetado,
con retortijones en las neuronas
y fantasmagóricos delirios que se exhiben
en la pantalla chica de su frente.
Se trata de Encarnación
(el loco de “Las milpas”
que vivía en “Los ocotes”)
al cual, cuando se hallaba

“alegre y fresca la mañanita”
y el viento repartía a domicilio
el aroma –al que se le daba el golpe-
del café con leche,
los vecinos nombrábanle Chon,
o, en veces, el loco Chon.

Encarnación, en ayeres muy remotos,
había sido uno de tantos,
con su materia gris
moldeada por las manos seguras
del sentido común,
sin inclinarse demasiado a lo negro
ni a su lechosa viceversa.
Pero eso en otra época,
cuando la demencia no había roto
aún el cascarón
y él armaba fácilmente el rompecabezas
de cualquier silogismo
con la envidiable conjunción
de lógica y cacumen.
En ayeres muy remotos.

En “Los ocotes”,
no sabría decir cuándo,
un extranjero
-que arrastraba el olor de otros mundos
en las suelas de sus botas-,
escudriñó los alrededores,
contempló de reojo el erotismo
en el andar sinuoso de una virgen,
hizo de la seducción la madriguera
de su astucia,
adaptó sus palabras a la críptica forma
de la oreja,
deslizó sus caricias a una carne
que, al hervor del deseo,
se encontraba en su punto,
y, después de jadear y jadear
como falleciendo en vida,
regó un poco de semen
en la tibia ranura de la entrega.

El intruso se fue por donde vino,
circundado por un polvo trashumante
que lo tornó invisible.

La maestra ocoteña de gramática y
literatura universal,
en un descuido del tamaño de la candidez,
quedó preñada
y en el abrir y cerrar de ojos
de los nueve meses, parió a una criatura
a quien se empeñó en bautizar,
sepa Dios por qué,
con el nombre de Lisístrata.

El señor cura,
desdeñando las donosuras de la sensatez
y la ley de gravedad,
puso el grito en el cielo
y adujo que tal apelativo
le daba la espalda al santoral
y lo sentía *boquible* sospechoso.
Pero las cosas no llegaron a más
porque la maestra,
cortándole las alas al escándalo,
aceptó que su fruto
llevara el nombre de María Lisístrata.
Claro que, a partir de entonces,
a lo largo y a lo ancho del terruño,
el único que nombraba María Lisístrata

a la pequeña
era el sacerdote,
mientras que el pueblo entero llamábale
de niña, de joven y de mujer madura
Lisístrata o,
en un apócope que economizaba letras
y aumentaba cariño,
simplemente Lisis.

Durante toda su vida, Lisístrata
sufrió la amarga realidad
de dos pueblos en guerra,
respiró una corrupta atmósfera,
enferma del oxígeno,
donde
sólo de cuando en vez
dejaba de resonar el belicoso fragor
de dos marchas militares
que confiaban al tambor el tableteo
de sus odios.
Fue testigo del avance y retroceso
una vez y otra y otra...
de sendos estandartes putrefactos

que saltaban a veces
 de la guerra fría a la flameante pugna
 o de la paz emponzoñada de la tregua
 al débito creciente de vidas y destinos.
 Y allá lejos, entre las nubes, se escuchaba
 no sé si a Marte o a Huitzilopochtli
 desordenar el universo
 con su timbal enloquecido.

Lisístrata tenía tres grandes amigas
 ocoteñas:
 Virginia (recién casada y, desde entonces,
 casta nomás en el apelativo),
 Isela (prostituta, de tarifa accesible
 y una militante donceller
 dentro del ánimo)
 y Carolina (lesbiana, que tuvo su primer
 amor
 con el espejo,
 y que se complacía con éxtasis
 que mutaban del masculino al femenino
 sus artículos gramaticales;

pero que estaba allí,
sumada al alarido de puños
de sus hermanas,
por solidaridad de género
y el deseo de formar parte
del corro de manos que discuten
mañana, tarde y noche
cómo habrán de entretejer
los precisos ademanes
para crear lo solidario).

Las tres solían reunirse
para empinar el codo con la venia del cielo,
para libar no pocos vasos
de aguamiel, de tequila
o de una cerveza burbujeante
con más espuma que el mar
que choca con los acantilados.

Cuando las visualiza esta pluma
ya no parlan de costuras, zapatos y
vestidos,
ya no tienen la frivolidad como su dama
de compañía,
ya no se hacen confidencias

que ponen al corazón a ingerir
 el trago dulce del asombro,
 ya no juegan a los naipes
 para hacerle trampas al aburrimiento.
 Hablan de las salvajes pependencias
 que tienen a “Los ocotes” y a “Las milpas”
 en las inmediaciones o a la vuelta
 del meritito infierno.

Estos paliques,
 este salir, plumero en mano,
 a limpiar las telarañas que encanecían
 los cráneos de las féminas,
 este pasar de los frutos a las flores,
 de las flores a los tallos
 y de los tallos a las raíces,
 les limpió las cuencas oculares;
 cambió los legañosos prejuicios de su
ceguera
 por ojos que aprendieron al fin a mirar,
 a dar en el clavo,
 a dejar a la apariencia hablando sola.

Se servían con la cuchara grande
 de su propia lengua

para despotricar contra esos pobres sujetos
que sufren la mordedura de los instintos,
cual piojos del cerebro
y guardan su albedrío
como un juguete roto y olvidado
en algún escondrijo de su entraña,
y que llegan al colmo,
con purulenta ingenuidad,
de concebir la tierra labrantía,
jardín perfecto para degollarse
o campo roturado de exterminio.
Esos pobres sujetos.

Las mujeres de “Los ocotes”
dieron de pies a boca con sus ojos,
empezaron a ver desorbitadamente
más allá de sus mirares enjutos
tapiados por los adobes circunspectos
de su miopía,
atinaron en el blanco
de algunos puntos grises de lo negro,
y cultivaron en “Las milpas”
amistades femeninas
que ya estaban con un pie
en alguno de los múltiples

parajes de la furia
y dándoles vueltas y más vueltas a sus
manos
en acuciante búsqueda del puño.

Las más próximas a ellas eran
la Lola (que tenía, según sus confidencias,
un amante por estación del año
y algunos moretones en el hombro),
Lidia (que iba en la tercera boda,
sin contar los gozosos interregnos),
Elvira (a punto de matrimoniarse,
con su luna de miel en cuarto creciente)
y Rosalinda (la enigmática alcaldesa
de “Las milpas”).

Un día, tras de emerger
nuevamente la hostilidad
entre los dos conglomerados,
y mientras *La llorona* del viento
recorría las calles bramando
por la ausencia de sus hijos
diezmados por la guerra,

Lisístrata invitó a sus allegadas de “Los ocotes” y “Las milpas” a discutir sobre una situación que era bien vista sólo por los varones y sus dedos amancebados con los gatillos, por aquellos que se limpian las pupilas con goteros de sangre y por la apetencia descomunal de los panteones.

Hablaron, refunfuñaron, analizaron con lupa todos los ángulos del poliedro. Juntaron sus cabezas como si se hallaran conformando una fructífera asamblea de neuronas, un faro telepático o un sentido de orientación sin fe de erratas.

Hicieron esta lista de posibles acciones para lograr la paz:

rogar a Dios (propuesta de la Lola, coreada por la feligresía)
--

Suplicarles a los maridos (sugerencia malhadada de Virginia, feligresa de la ingenuidad)

Hacer volantes con clamores desgañitados en favor del desarme

Aplicar la “ley del hielo” y su consecuencia: el silencio aterido, a quien en un pueblo se le oyera hablando mal del otro

Presionar a los curas de ambos lugares para que desde el púlpito -esa “pila de palabras benditas”- condenaran las hostilidades

y

robarles las escopetas, las pistolas y los puñales a los hombres, además de sustraer el dinero de los dos municipios...

Hablar de apoderarse del dinero
no es asunto de poca monta.

El dinero huele
a collares de rubíes y platino,
a vinos añejos de cosecha tan antigua
como el nacimiento del mundo,
a grandes extensiones de tierra cultivable,
a millas y millas de mar
que de pronto se encuentran bailoteando,
con su flujo y reflujo,
en la bolsa de valores;

pero también huele a pólvora,
a los panales de acíbar de las cartucheras
alimento de los rifles,
al tufillo de sangre que aúllan las heridas,
a la aflautada boca que se dispone
a silbarle a la muerte como se hace
con los perros,
y al don de ubicuidad que logra la guadaña
cercenando distancias y arrojando
toneladas de espacio
al bote de basura.

Lástima que el robo fue frustrado
por los ojos de más

de la vigilancia masculina,
por las indiscreciones que ni por un
segundo
supieron las mujeres retener
en las puntas de la lengua
y por la torpeza, ay, de las rebeldes
que se dejaron robar
por una oscuridad de manos largas.
Lástima que.

Aunque hicieron lo imposible
por realizarlas,
todas estas medidas se frustraron,
la ausencia de osadía les fracturó
el impulso,
cayeron al despeñadero del fracaso
y se dieron de frente en la pared
de su propia ceguera.
Hicieron, sin embargo,
lo imposible.

El malogro se debió a que:

Dios, si existía, se hallaba distraído
en buscar acomodo
en alguno de los templos en ruinas
de la fe.

Suplicarles a los maridos equivalía
a platicar con las piedras o a discutir
con el fuego (que sólo “se hace lenguas
como queriendo hablar”)

Repartir volantes fue una idea
disparatada. Los hombres,
sin echarles un ojo, los pisaban.
Sólo la ventisca analfabeta
pretendía leerlos y los empujaba
de un lado a otro; pero ¿cómo
iba a hacerlo si hasta el abc
de un palabrario cualquiera
le parecía en chino?

Ante el fracaso de las acciones
emprendidas,
algunas lloriquearon,

saturaron el ámbito de sollozos
que, roto el cascarón, se hacían gemidos,
se mesaron las neuronas,
se encariñaron con las maldiciones
y dejaron, ay, que el escepticismo
les royese las entrañas.

Todo produjo irritación en Lisístrata,
quien requete sabía que hincar el ojo
en el “verlo todo negro” del escepticismo,
lleva a cruzarse de brazos,
a amordazarse de pies,
a levantarle estatuas a Narciso,
a no mover un dedo para detener
la estampida de glóbulos guerreros en la
sangre,
a cerrar los párpados
(para provocar el mayor latrocinio de
estrellas
en lo que va del cosmos),
a no dejarle al alba ni una sola rendija
para hablar sus decires
y a dar la espalda a una paz que,
fallecida,
camina a tientas sin dar con el milagro

o al menos con las instrucciones necesarias para poder resucitar.

Chon, el loco, se despertaba a veces diciendo:

*“Una manada de claveles
dejó desnudos
al cura y su sobrina”.*

Alguien lo oía y le preguntaba “¿A quién?” Y él, como saboreando las letras, repetía: *“al cura y su sobrina”.*

Nadie le hacía caso.

Eran frases que, vacías de sentido, filtraban en las orejas de la gente huevecillos de incredulidad.

Lo trataban como si fuera un pillete ignaro venido a menos cero, al que se le hubieran derramado de las agujereadas bolsas del caletre

las principales piezas de la lógica.
 Sus palabras sonaban a extraños acertijos,
 adivinanzas cuya solución
 se habrían devorado los ratones.
 Metáforas del inconsciente.
 Figuras retóricas en esperanto vulgar.
 Chon volaba por las calles
 gritando a todo pulmón: “¡Oigan!, ¡oigan!”
 Y si alguien se paraba a escucharlo,
 él ponía las manos en la forma
 de un paréntesis en las comisuras
 de los labios y gritaba:

*“El cartero y la rana
 van a misa de siete,
 liberan guacamayas
 y royen los huesos
 que extravían,
 en las noches violetas,
 los camposantos”*

Nadie le hacía caso.

Virginia narró que un día
tuvo un festejo.

“Hice unos chiles rellenos de ambrosía
y unos tamales
de pechuga de querube en chile verde”,
dijo.

Y que, en terminando,
la enloqueció mirar
una cordillera de platos;
sintió que ella, sola y su alma,
o sola y sus manos,
mal podría escombrar todo el desorden;
pidió ayuda a Epigmenio,
su marido, su celoso ángel guardián,
dueño y señor de todos los rincones de la
casa

y del monte de Venus
donde ella guarda secretos y juguetes.

Epigmenio se rehusó:

“un joyero, dijo,
no se anda por ahí matando pulgas
o limpiándole a lo nimio las narices”.

Entonces Virginia, furiosa,
como tigresa evadida de su jaula,
lo amenazó con no abrir las piernas

durante las negras horas de la noche,
por más que a él se le subiese
la fiebre del deseo
a más de cuarenta grados.
Epigmenio, contrito,
correteado por sus hormonas,
se arremangó los ímpetus,
sacó los músculos a la intemperie
y convirtió los platos en espejos.

Al oír las palabras de Virginia,
Lisístrata bordó bajo su cráneo
una ocurrencia: las mujeres
deberían negarse a cohabitar
con sus maridos, amantes
o –añadió mirando a Isela- lo que fuese,
si continuaban en su afán
de convertir la tierra labrantía
en campo de matanza.
Eso dijo.

Las mujeres mostraron su aquiescencia,
la sonrisa clavó sus alfileres en los labios,

pero enhoramala salpicada de remilgos,
asegunes,
con un júbilo, a decir verdad,
los ojos tristes.

Isela murmuró:
“pero yo ¿qué voy a hacer
si todos mis negocios
tienen que ver con el rechinar de la cama
y sus delirios?
¿Qué voy a hacer si,
a cambio del tintineante fruto
que genera mi oficio,
entrego mis pechos
—que se yerguen
publicitando sus pezones—
a una boca tras otra
que corren a succionar la leche invisible
del deleite?
¿Qué, si lo que logro,
al vender mis encantos al menudeo,
me permite
respirar la atmósfera

con la glotonería de todo amante
de la existencia,
tomar el café con crema matutino
-azucarado por los buenos días-,
ir al salón de belleza
a enmendarle la plana a los demiurgos,
entregar mis redondeces
a la fiebre gambusina de las huellas
digitales, con la confianza
de que mi vientre
continúa
siendo la sepultura
de una cigüeña muerta?
¿Qué hacer si todo
lo que me permite gozar
de un transcurrir tranquilo,
y, cerrando filas con ustedes,
blandir el puño
de mi matriz en alto,
proviene del amor con los varones?”.

Lisístrata respondió:
“nuestra acción, mis amigas,

implica sacrificio
y creo que tú, Isela, como todas,
jamás de los jamases te vas a deslizar
por los páramos malolientes
de la cobardía.

Veo en tu cara que me comprendes
y me siento orgullosa
de saberte mi hermana,
de que se hallen nuestros afanes
al servicio de idéntico propósito:
fragar la conspiración femenina
contra un destino
que, embriagado
con tarros de ponzoña,
asocia las hormonas masculinas
con las descomposturas de la paz.

“Conspiración que ha de abarcar
no sólo a las compañeras de “Los ocotes”,
también a las de “Las milpas”.

Juntas, y también revueltas,
ende que tenemos que ir
más allá de nuestras patrioterías
de minúscula tierra,
más allá de la moral ambiente,

más allá de los aullidos en sordina
que emiten,
en nuestra intimidad,
los otros labios.

“Hasta las vírgenes que se encaminan
al himeneo
-y que son nuestra artillería pesada
en el guerrear contra la guerra-
están dispuestas –¿verdad Elvira?-
a posponer sus nupcias
y esconder su ajuar de novia
en el último cajón de su deseo.
Saben que al cerrar la puerta de sí mismas
a doble llave,
dejan al novio con un agudísimo dolor
en los planetas de su cosmos
y lo llevan a encaramarse al peñasco del
ruego
y a prometer desde tamaña altura
negarse para siempre
a jugar con castillos de pólvora”.

Carolina no podía estar en la primera línea
de combate, no podía
porque las lesbianas
prefieren la homofonía
al contrapunto.

Pero revivir en el mar de la cama
la isla de Lesbos
y sufrir la excitación incontrolable
que ejerce en ellas la cachonda simetría,
les desarrolla la solidaridad
con sus hermanas.

Solidaridad que es dictar sentencia
de formal prisión
contra el egoísmo
y arrojarlo al calabozo de costillas
de cada quien,
y hasta, de ser posible,
tenerlo perpetuamente
a pan y lágrimas.

Y algo más: la compasión
no debe tener vela en un entierro
que habrá de realizarse en el foso más
profundo
de nuestra entraña.

Andrés, un negro
que nació en “Las milpas”,
pero que habitaba en “Los ocotes”,
y que por tanto no sabía
de chovinismos,
ni cargaba, al interior de su cuerpo,
una guerra intestina entre sus órganos
internos,
era más que nada
un seductor de tiempo completo
y lo fue desde el instante
en que unas tijeras
-enamoradas de la vida
y cómplices del oxígeno-,
troncharon su cordón umbilical.
Andrés sedujo a su madre
con pequeños fruncimientos de boca
que podrían haber sido seleccionados
entre las cien mejores sonrisas
de nuestra América.
La madre desde entonces
convirtió a su marido

en uno más de los integrantes
de su bisutería, en tanto que hizo
de su vástago en pleno desarrollo
el monarca de sus sentimientos,
preocupaciones

y los ímpetus eróticos
velados a piedra y lodo
bajo la danza de los siete velos.

Ya desde la cuna,
ejerciendo el más pleno absolutismo,
Andrés sedujo a todas sus tías
y a su par de abuelas.

Y a la hora del baño, a las seis hermanas
que duraznaban sus mejillas
con pudor desvergonzado.

Su crecimiento fue la expansión
de sus atributos.

Los ojos le crecieron al tamaño
de sus órbitas y las pestañas
llegaron a enredarse con las cejas
y también le aumentaron al nivel
del mirar profundo,
del no sacralizar las apariencias
y darles acta de nacimiento
a los fantasmas.

El cuerpo –brazos, piernas,
y, como joya de la corona,
la cuadriga de músculos-
invadió poco a poco el hueco exacto
de la belleza masculina.

“Andrés sólo es mi apodo –decía.
Mi nombre en realidad es el de araña;
donde pongo el ojo, pongo la tela
y donde tejo la artimaña
todas las moscas, hasta las más renuentes,
sienten que el desmoronamiento
de sus alas,
les engarrota el vuelo
y hace de la libertad
un rompecabezas de añicos
inarmable”.

Andrés era amigo de Lisístrata
y, quién lo creería, amante de Rosalinda,
la alcaldesa,
a la que había seducido
una noche en la árida montaña,
al cobijo del plenilunio
y a la escucha del ritmo acompasado

de una cabritilla y su macho cabrío
que, fascinados por el nuevo juguete
encontrado al ayuntarse,
volvían y volvían a las andadas
hasta quedar acostados en el húmedo
prado del cansancio
con jirones de cielo en las pestañas
y rumiando su dicha.

Andrés hizo varias cosas importantes.
Dado que en algún centímetro del cerebro
recordaba la esclavitud de sus progenitores,
no tuvo remilgos o las manos cortas
en mostrarse partidario
de la lucha femenil.
Rechazó los requerimientos de Rosalinda
hasta enloquecerle la libido
y ceñirle la camisa de fuerza
de la inmovilidad que sólo choca
con las cuatro paredes.

La alcaldesa iba por el camino
de los errores

y los alcantarillados de lo deleznable.
Que alguien intentara amordazar
los labios de su clítoris
y obligarla a tocar el solo de laúd
de su soltería, lo consideraba un crimen
de lesa humanidad.

Triscaba por el pantano de lo ignominioso,
pero más que sus zapatos,
o sus pies a la deriva,
era su personalidad la que estaba
llena de lodo. Lo evidenciaba
el que en su fuero interno
la acción de las mujeres le irritaba
y veía a Lisístrata como un demonio
con trenzas,

distribuyendo garrafrones
de azufre almibarado.

Y lo peor de la alcaldesa
es que pretendía disfrazar
el hedor de las aguas negras
que corría por su sistema venoso
con los perfumes del afeitado
y el dulzón cascabeleo
de la hipocresía.

Rosalinda tenía sus razones y motivos para actuar como actuaba.

En los últimos días de su luna de miel, cuando la sonrisa se había convertido en la actriz principal de sus alientos, cuando su marido, el alcalde, le obsequiaba caricias con buen sentido de orientación y orgasmos de nunca acabar, el joven marido sufrió un imprevisto síncope cardíaco -gestado en no sé qué ojerizas del destino-, que en unos minutos le paralizó los brazos, las piernas y desgraciadamente la dulcísima y portentosa metralleta que disparaba ráfagas deleitables de gérmenes de vida. La irremediable parálisis de aquello que les hablo hubiera conducido a la alcaldesa a los bordes de la locura -donde las manos de insólito demiurgo amasan la corteza cerebral para erguir esculturas delirantes-,

si no fuera porque Andrés
le rodeó la cintura y le invitó
a descobijarse un poco
a las once treinta y cinco de la noche.
Si no fuera por eso.

El loco Chon se desgañitaba
diciendo a voz en cuello:

*“Hoy en la mañana las moscas despertaron
pizpiretas y cachondas”.*

Y, sacudiéndose la cabeza, se retractaba
exclamando:

*“No, no es así, más bien: el unicornio, feliz,
se fue a orinar al crepúsculo.*

*Yo, mientras tanto,
corro a lavarme las manos
con miel de abeja”.*

La historia narra
que hace mucho Encarnación enloqueció
ando una granada cayó en su vivienda
y destruyó todo lo que adentro había,

padres incluidos,
dejando, amén de las ruinas,
un muchacho extraviado
en algún vericuerdo
de su propia cabeza.

No todas las féminas
gozan como Lisístrata
del dominio de sí misma.
No todas saben restallar su arbitrio
en sus quehaceres.
Carajo, no todas.
Ella puede poner a raya sus impulsos,
amordazar sus puterías,
sublimar sus instintos dando a luz
el pegaso criatura
que tiene todo un firmamento
para probar sus alas.
Mantiene discusiones encendidas
con sus hormonas y amistades
y aunque su corazón se siente
al borde del abismo,
no da el brazo a torcer.

Ama a Juan, su esposo,
su licántropo dulce de una vez por semana.

En el último cumpleaños del hombre,
le regaló un puñado de confianzas
-nacidas en el dulce laboratorio
de su instinto-
para que entre sus sexos reinaran
los manjares de la armonía
y el condimento del contrapunto.

Andrés, por ciertas indiscreciones
de la alcaldesa,
supo que se tramaba una conjura
para matar a Lisis.
Y en menos que sale a escena el *de repente*,
denunció la conspiración, la deshizo,
dio a sus puños don de ubicuidad,
ató de manos la ignominia,
y, con la sorpresiva aleación
de músculos y astucia,
se convirtió en el ángel de la guarda
de las respiraciones

de su entrañable amiga.

Lisístrata era una mujer de una pieza,
con una dignidad que, férrea como el
granito
que juega a las vencidas con el tiempo,
dejaba tan anonadadas a sus compañeras y
amigas

que no atinaban a soltar
sino el finísimo polvo admirativo
del silencio.

Pero Virginia, su ocoteña amiga del alma,
harina de otro costal y distinta cosecha:
era una apasionada de la sensualidad
desde que, jardinera de su cuerpo,
propició, gozosa,
la hiriente dulcedumbre
de la desfloración.

Como Lisístrata,
se citaba con su pareja
en el clímax del placer,
lugar donde confeccionaban,
al arribar puntuales,

orgasmos al cuadrado.

“¿Pero cómo vamos a prescindir
de los besos,
las caricias,
el galope de las ansias,
que nos brinda el varón
dotado de experiencia, de astucia
y lo demás?” –dijo,
y sus palabras penetraron,
casi como medusas de agua infame,
en la libidinosa incertidumbre
de todas las mujeres
que, sin desearlo, percibieron
el canto de sirena de su clítoris.

Después, tras un intercambio de pareceres
o de choques violentos en el aire
de palabras opuestas,
ciertas mujeres se sentían temerarias,
capaces de arrojar sus cuerpos
a la mazmorra de la castidad
sellando con tela adhesiva
las bocas del deseo.
Otras, Virginia a la cabeza,

con un arcón de dudas,
 se mostraban medrosas, pusilánimes.
 “Újole –se decían- cómo hacerle
 sin el collar de besos masculinos
 que nos ponen y pegan la carne
 y nos siguen mordiendo
 por días y más días,
 sin las viborillas de miel
 en busca de manzanas,
 que las lenguas nos deslizan detrás de las
 orejas,
 sin las manos violando nuestra fingida
 cólera,
 sin la falta de recato con la que
 de propósito bordamos
 la tela de nuestros corpiños,
 cómo hacerle”.

No se pudo tomar una decisión.
 Pero todo llevaba a concluir
 que, debido a los votos en contra,
 además del *dejar hacer* de las abstenciones
 -seducidas por la indecisión que se gesta
 a orillitas de la encrucijada-,
 el empate se abría paso entre las nubes

de los decires.

Lisístrata buscó una salida,
un remedio,
una luz que naciese de frotar dos neuronas,
y dio con la feliz ocurrencia
de hacer una Asamblea General de Mujeres.
Envió una comisión de coterráneas
a “Las milpas” para invitar a sus cofrades
a una reunión preparatoria,
clandestina,
en los subsuelos de la luz.

Eres el único hombre –decíale Lisístrata
al negro Andrés-
que ha logrado revolucionar
su materia encefálica,
y sacudirte la pólvora de las pestañas.
Sé que nos vas a ayudar
porque no tienes testículos guerreros
y porque el día en que accedamos
a un mundo sin dragones lanzafuegos
de un poblado y del otro,

tus virtudes amorosas
llevarán el placer a los brazos abiertos
y las piernas cerradas
de las mujeres que sufren la epidemia
de la timidez y del recato.

Elvira, Lidia y Rosalinda
-la alcaldesa-
respondieron al llamado
con la rapidez con que el pelícano
se arroja al mar en busca
del pescado en salmuera de sus ansias.

En la reunión,
la peregrina idea de Lisístrata
de organizar un taller para la forja
de cinturones de castidad
cuyas llaves se hallaran resguardadas,
generó desagrado
-y hasta Virginia exigió
que se estampara en actas su protesta.
Con la goma de borrar que podía ser tan
diligente

como la punta del lápiz,
y no pocas veces con mayor inteligencia,
la idea fue finalmente rechazada.
Las mujeres,
para forzar el tropel de segundos,
se pusieron a parpadear los ojos
colocando la mano curvada sobre la
frente,
a la busca de un mirar agorero
hasta poner el *futuro* en la orden del día,
y la discusión se fue
por los linderos de la estrategia.

¿Cómo le haremos? –inquirían-
para que el afán masculino
de cercenar cabezas,
hacer de las respiraciones de los adversarios
culebras desfallecidas,
orillar a la sangre,
azotada por la intemperie,
a zozobrar en su propio coagularse,
desaparezcan de una vez por todas?
¿Cómo diablos le haremos?

Antes de que tuviera lugar
la Asociación General de Mujeres,
Lisístrata, en su hogar,
vivió un problema mayúsculo
sólo descriptible con la tinta más negra
más ensimismada, que encontremos.
Decidió empezar en el hogar
la rebelión femenina

(el agostamiento en la alcoba
de la lubricidad sin freno,
la deliberada abstención
de descobijar sus decisiones,
el poner la lujuria en cuarentena)
y elaboró, tenaz, el pliego petitorio
que, indignación en ristre, demandaba
la concertación de la paz,
el hacer pedazos las hostilidades,
y el desarme de los corazones
masculinos.

Cuando Juan, después de la cena,
pretendió, como Dios manda,
soltar, ante las curvas arrogantes
y la piel barnizada de tersura

de su esposa,
la jauría voraz de sus impulsos,
tropezó con un inesperado paso atrás
de Lisístrata

del tamaño del rechazo.

Sintió algo así como el descarrilamiento
de la costumbre,
un muro de negaciones que se le venía a
aplastarlo.

Después de vencer la parálisis momentánea
que le produjo el estupor,
volvió al ataque,

como un puma con fauces llenas de miel,
la excitación *en crescendo*
y una especie de calor que íbale ganando
todos los recovecos de su entraña.

Pero ella improvisó con sus brazos
un escudo insobornable,
una negación del tamaño de la alcoba,
una muralla china en redor de sí,
un nidal de tajantes negaciones.

Con los ojos, la boca y los puños
inscribió a gritos en el aire
un “se prohíbe el paso”

que condujo las manos de Juan
a ocultar su avergonzado intento
en las bolsas del traje.

No se atrevió a golpear a su mujer
-aunque en sus sienes parpadeó el intento-
ya que las clases de urbanidad
que recibió de su madre
los días de ternura
le congelaron el propósito.

Ella puso delante de él
sus demandas,
se trataba de sencillos trueques,
realizables:
senos *por* indiferencia militar,
caderas *por* el rechazo de las citas
con los coroneles,
abrir el paraíso a la boca sedienta
por hacer oídos sordos
a la retreta militar.

A él le parecieron demandas
fuera de lugar,
exageradas,

en el mundo irrespirable de lo imposible,
delirios del capricho,
como tratar de enseñarle a cantar
a los lagartos,
intentar convencer a los cisnes
de que el agua produce esquizofrenia
o convencer a la araña
de abstenerse de segregar
sus tramposas telarañas
porque las moscas que vuelan en su torno
se han podrido.

Juan, furioso, se metió en su resignación
y en su pijama.
E introduciéndose súbitamente
a la mitad del lecho,
se puso a dormir como un bendito,
hipnotizado
por la canción de cuna
de sus incomprensiones y perplejidades.

La AGM
estaba dividida

entre conservadoras y radicales,
entre las que querían, a fuerza de suspiros,
detener las manecillas del reloj
o hacer que lo porvenir
se hundiera en las ciénagas del presente,
y las que soñaban
que el ahora, encinta de futuro,
fuera seleccionando,
poniéndole una cruz a media frente,
todo lo que, como la guerra,
no debe tener más destino
que ser el alimento
del horno crematorio
del pasado.

Del intercambio de palabras,
ideas, acaloramientos
y de la mezcla de la discusión de altura
y la baja reyerta
-pues la polémica no era entre autómatas
ni la coreografía del evento
corría a cargo de la razón abstracta-
se podían entresacar las siguientes
tesis moderadas
(con las que Virginia coincidía):

Había que comenzar con el racionamiento:
si la pareja acostumbraba acoplarse dos veces a la semana, la mujer debería forzar a que fuese sólo una.
Si una vez a la semana, únicamente cada quince días.

No desnudarse al hacer lo que se hacía.
Dejarle a la piel sólo un puñado de centímetros de lujuria.

No aceptar más que dos y sólo dos posturas:
arriba la mujer y ambos de ladito.

No fingir orgasmos. Canjear besos de verdad que intercambian entrañas, por “picorettes” de chupamirto.

Para no ir al lecho,
 sufrir numerosos dolores de cabeza
 y hasta inventar “extrañas alergias”
 producidas por las sábanas.

Decir que la guerra les debilitaba
 el deseo.

Las tesis fueron consideradas débiles,
 con demasiadas concesiones
 a la falocracia guerrera
 y, mediante una votación a mano alzada,
 las mismas pasaron,
 en menos que canta el espolón de un
 minuterero,
 a formar parte del baúl del olvido
 que juega a ser la lápida mortuoria de lo
 ausente.

Los planteamientos radicales
 -donde la mano, con los dedos manchados
 de tinta
 de Lisístrata, eran evidentes-,
 iban, por contra, hacia este lado:

Marido, amante, lobo estepario,
si continúas con la guerra,
pierdes a tu esposa, tu mujer o tu puta.

Se trata de elegir
entre la estúpida idea de lo heroico
-y sus personajes epónimos
con la frente coronada de luces
y las manos chorreando todavía
gotas de sangre-
y las delicias que saben urdir nuestros
labios.
y bordar nuestra entrepierna.

¿Lo dudas? No hay comparación
entre los olores y sabores de la pólvora
y los de la carne en su punto,
condimentada por la entrega
e hirviendo a fuego lento
el deseado deseo de ambas partes.

Lisístrata pidió el micrófono.
Virginia, que lo monopolizaba,
y lo conducía de un lado al otro
como si fuese domadora de culebras,
dudó en entregárselo.
Una saliva sucia
manchó sus expresiones.
Lisis –espera- le dijo.
Deja que la alcaldesa
-que no gusta, como tú,
echarle leña al fuego de las exageraciones-
tome la palabra.

La alcaldesa dijo, entrecortadamente,
algo como:
“Yo me volvería loca si un hombre,
por lo menos una vez por semana,
no me hiciera sentir mujer
con un seno a la izquierda y el otro a la
derecha,
el pubis enmarañado al concebir
ideas descabelladas,
mis nalgas sin la tierna y apasionada
pantaleta de manos masculinas
y más que nada”...

Lisístrata la interrumpió,
le arrebató el micrófono,
y arrojó de sus pulmones
el haz de palabras que
salieron horadando
la materia sutil de la intemperie.

“Mujeres valientes, enfatizó:
vuelvan los ojos hacia su cuerpo,
recórranlo,
pálpenlo como un ciego que va identificando
sus tesoros,
adviertan que su carne
y las formas geométricas en que anda,
es el más apreciable de los bienes
habidos en el mundo.

Pero todas nosotras
tenemos a bien entregarlo a las manos
masculinas

que, tuteladas por la codicia,
se imaginan, las pobres y cabronas,
que nuestra aceptación de sus quererres
se transmuta,
por obra y gracia de un papel,

una nube de incienso
o una flecha expansiva proveniente
del carcaj de Cupido,
en título de propiedad privada.
Pero los cuerpos
(y el carnaval de placeres
que saben improvisar,
al burbujear el deseo)
nos pertenecen como la identidad
que en dándose frentazos con lo diverso
se torna autoconsciente.
Son nuestros, y en tal virtud
nos es dable velarlos,
esconderlos tras el muro sin puertas
de la negativa,
segregarlos por un instante
a la gula sin freno del varón”.

Virginia no atina
a guardar silencio
y dice:
“pero ¿qué vamos a hacer
si, como asustadas mariposas,
huyen de nosotras
los besos masculinos,

alzando?” ...

“Prescindiremos de ellos
-prosiguió Lisístrata-
pero las bocas de los hombres
se encogerán también, introvertidas,
solamente a sus labios.

“Y pensándolo bien
les propongo
que los provoquemos,
que nuestra lujuria les guiñe un ojo.
Provocar es salir de la ducha
en cámara lenta,
es abrir al desgaire la bata
en un “te prometo que”,
“espérate un tantito”,
mover la cadera como mar en picada
al son de la clave y el bongó
que levantan oleadas de libido,
provocar es hacer que uno de nuestros
hombros,
desnudo,
asome su morena curvatura acariciable,
convertida en mensajera de la oportunidad,

del “ha llegado el momento en que tus
manos
 tengan el paso libre a saborearme”.

“Pero si los provocamos
 -insistió Virginia-
 ellos crezcrán
 poder entrar en sus ´hembras´
 como Pedro por su casa.
 La violación estará a la orden
 del día,
 ya que nosotras le hemos
 guiñado el ojo”.

“En efecto,
 hay que incitarlos
 como si nuestro pudor bajara la guardia
 y nuestro consentimiento
 ya se estuviera besuqueando
 con su impulso.
 Y en ese instante,
 cuando ellos pretendan
 subir al árbol, abrazarse a su ramas
 e hincar el diente
 en la jugosa pulpa de sus frutos,

en ese instante, digo,
 alejarlos de nosotras
 con las palmas de nuestras manos
 convertidas
 en perros rabiosos,
 escopetas con descargas
 de manotazos,
 instalación de alto voltaje
 que electrocuta todo además intruso,
 un “se prohíbe continuar”
 que les hingue como nunca las espuelas
 al indómito deseo
 de embarrarse las fauces con el logro
 de su impulso”.

“Pero si los provocas,
 ellos se sentirán con derecho
 de colonizar hasta nuestra
 última
 célula”
 -Virginia dijo desazonada.

“Entonces, si la fuerza masculina,
 furiosa, parte plaza
 lanzándose del lugar en que se halla

hasta nosotras,
si además llega burlándose
de los pueriles juegos de nuestra capa
y dirige su pitón
hacia el lugar vedado
que busca a dentelladas su delirio
y si, peor todavía, nos sabemos,
como la flor sin espinas,
con todos nuestros escudos averiados
sufriendo las alas rotas
de la anemia,
entonces,
digo entonces, dejémoslos hacer,
entreguemos a sus manos
una muñeca de trapo,
sin ojos, sin oídos,
con una boca que arroje los jadeos
hacia el lugar común
de las respiraciones cotidianas..
Y, mientras nos cabalgan,
escarbando nuestra carne
a la busca del placer,
pensemos en cosas tristes:
en el tío que se cayó del árbol,
en el abuelo que murió de dolor de muelas,

en la mascota encinta
que atropelló la bicicleta atarantada
de la alcaldesa.
Eso disgustará a los hombres.
A ninguno de ellos le agrada conocer,
en el sentido bíblico,
a una mujer que ha fallecido de repente
y que tiene el placer agusanado”.

Tras muchos debates
triunfó la perorata de Lisístrata.
Y la paz fue elegida para ejercer
el mando principal de la región.

Pero en la Asamblea
alguien tenía dos frentes,
cuatro ojos,
dos bocas,
en una palabra, dos caras.
O, lo que tanto vale,
dos máscaras de un rostro
tallado en la ignominia.
La primera

tramitaba sonrisas y asentimientos
para una Asamblea
en llamas de entusiasmo,
para la rebelión en ristre,
para Lisístrata,
para Isela,
para Virginia
que, pese al clamor de sus zonas erógenas,
votó con la mayoría.
La segunda, favorecía al adversario
con sus miradas,
su pensamiento, su palabra
-sus enroscamientos de víbora en la lengua.

Se trataba de la alcaldesa
que jugaba el tristísimo papel
de espía de los hombres
y cómplice de la guerra:
un áspid disfrazado de persona
que pudo ocultar sus emponzoñados
colmillos
hasta el día en que la verdad
le metió zancadillas al embuste.
Mujer que, enamorada
del priapismo nocturno,

del blanquísimo semen de su negro
 y del belicista canto de sirena
 de la marcha militar,
 había rodado las escaleras del orgullo
 hasta dar en los muladares de la abyección.

Chon, saboreando la goma de mascar
 del entusiasmo,
 y fascinado porque, a su decir,

“el camello de la noche

había por fin logrado

entrar y salir por el ojo de la cerradura,

y el sol se había infiltrado en los bolsillos

del agua

despertando a todas las magnolias

que dormían a pierna suelta”,

tuvo una idea y empezó a acariciarla
 hasta hacerla obsesión.

Se consiguió una vara de membrillo,
 amarró sobre su punta un portabustos
 de Carolina,
 como símbolo de una paz

desabotonada y libre.

Carolina castañeteó las ansias,
se quejó con el señor cura
de que alguien había echado
su mano a retozar en el ropero,
cambiando su muypreciado bien
por un vacío que corrió a instalarse en el
exacto hueco
que dejó a sus espaldas lo robado,
y que esa querida prenda de vestir
se puso a aletear extrañamente
hasta perderse,
por lo cual, ella pedía perdón
por hallarse en el templo
como Dios la trajo al mundo:
cubierta solamente
por el rojo recato de su falda
al intentar exorcizar el frío
con el pudor hilado
de sus naguas.

Chon blandió su bandera
a diestra y siniestra
a favor de las mujeres

y, poniéndosela como rifle al hombro,
aulló agresivamente:

*“con el sáharo de las mujeres en la mano,
marcho contra los hombres
que han dado por alimentarse
con una extraña sopa de escorpiones”*

Como endriago nocturno
que cargara en su faz un repertorio
infinito de muecas,
el loco aparecía
en cualquier callejuela,
frente a las ventanas,
en el jardín o las cocinas
de las viviendas
-cual un *cheneque* que jugara
a las escondidas consigo mismo-
con palabras que los hombres
de ambos poblados
acabaron interpretando como sátiras,
saetas por la burla envenenadas.
Ellos se decían:
“Este loco no es tan loco.
Es en realidad un espía

de nuestras viejas.
Mírenlo bien, está fingiendo”.

Un día, en que el loco Encarnación,
iba golpeando, con una cuchara grande,
una cacerola donde hervían
las notas musicales más agudas,
como si fuera un tambor,
gritó a los cuatro vientos:

*“Los hombres oyen más
las voces de sus puños
que la arenga de sus penes.
Son, ja, ja, já,
medio putones”*.

Y donde quiera que el loco tropezaba
con los ocoteños o milpeños
les decía *“sí, putones”, “putones”*.

Los machos de pronto se exaltaron
olvidando que Chon
no estaba en sus cabales
y se dieron a corretearlo.
Fue perseguido por una turbamulta
de energúmenos,
hasta que Chon llegó,

corriendo,
como corazón sin brida,
a la *tierra de nadie* de la nopalera.
La jauría le pisaba los talones
y él, desesperado,
quiso atravesar los agaves,
pero chocó con un gigantesco cacto
en cuyas espinas quedó crucificado.
Permaneció así, horas y más horas,
desangrándose,
con el tiempo enroscado en su garganta,
mientras un aire tórrido, insistente,
limpiaba en la cabeza
el desorden que cargaba...

Guiados por Rosalinda,
llegó a la plaza
-en que tenía lugar la Asamblea-
un grupo de hombres en armas.
Venían en cólera izados,
con propósitos que habían recibido
brochazos de oscuridad
y cara de ningún

amigo.

Con escopetas que,
imitando a los perros sabuesos,
olfateaban a diestra y siniestra
rastreado la hostilidad en faldas
con sus metálicas narices.

Sin pedir la palabra,
y soltándole las riendas al arbitrio,
interrumpieron con gestos de rapiña
a las oradoras
y entrecortadamente
gruñeron su diferendo.

Acusaron a las mujeres de locas,
tan dementes como el loco Chon,
al que se le congelara la mollera
en algún invierno.

Se burlaban de ellas
como lo hacen los tigres
al ver la furia niña
del cachorro.

Pero se hallaban a las patadas con sus
decires.

Las ideas se les hundían

en la tierra movediza del cerebro.
No hallaban por dónde
asir las expresiones
o con qué resorteras aventarlas.
No había química entre ellos
y la lógica.
Al caer en cuenta de su torpeza,
y del sarcástico silencio
con que las mujeres los oían,
empezaron a maldecir
a sus propias lenguas,
a mentarle la madre a la retórica.
Y hubo un momento en que,
enredados en sus torpes laberintos de saliva,
volvieron furiosamente las armas
contra esas mujeres, las suyas,
que los querían privar de las fruiciones
de la cama, los baños,
los oscuros rincones de la selva
o el “rapidito” de las ocho y veinte.

Cuando los hombres de ambos pueblos
advirtieron que sus parejas

habían cerrado filas,
ánimos y piernas contra ellos,
cuando columbraron
que las decisiones de la AGM
los obligaban por las noches a jugar
solitarios
y a traer a la Manuela a sus hogares,
cuando les cayó el veinte
de que sus novias, esposas,
amantes o putas
-jardineras de su jardín de las delicias-
no darían ni sus brazos,
ni sus nalgas, ni sus talles a torcer,
olvidaron por un momento sus enconos,
apuntaron las miras de sus rifles
hacia inéditos lugares,
entablaron pláticas entre sí
y hasta formaron comandos militares
de ocoteños y milpeños
para hacer la guerra contra las subversivas
y obligarlas por la fuerza de las armas
a la esclavitud de siempre.
La paradoja era tan grotesca
que merecería tener un capítulo
en el libro “Los más grandes

dislates del universo”.

Para evitar que sus caras mitades
se les escaparan de los lechos
y dejasen a sus excitadas manos
palpando los huecos de su soltería,
se hallaban listos
a guerrear contra ellas,
arrancarles un brazo,
desgajarles un seno,
acribillar un vientre,
cortarles la cabeza
o de plano hacer una macabra recaudación
de sus últimos suspiros.

Pero no contaron con la elocuencia
de Lisístrata
que no sólo había arrastrado tras de sí
a las guerreras,
sino que mostró a los hombres
-les deshollinó las orejas-
la contradicción de agruparse entre ellos
para acosar a sus amantes,
despellejando de su carne
los prejuicios patrioterros,
y convertir la guerra entre los hombres

en una estúpida conflagración
de los hombres contra las mujeres.

Lisístrata, forcejeando,
logró adueñarse del micrófono
y a voz en cuello les espetó:
“¿Es que ahora la guerra
la dirigen, cabrones, contra nosotras?
¿Quieren herir, matar,
destrozar a sus propias mujeres
a sabiendas de que
no nos plegaremos a sus deseos
mientras el hombrerío
se encuentre en pie de guerra
o tenga como oficio
enmierdar el cerebro
y ensangrentar las manos?”

Varias voces femeninas
apoyaron la alocución de la intrépida
que había iniciado el movimiento
en contra de esos varones
que hicieron de sus tierras

lugares donde se diría
que Caín, ya muerto Abel,
al entronarse, logró deshacer una tras otra
todas las deidades desplegadas
en los cielos del delirio.

Los hombres, confusos,
poco a poco
fueron siendo arrebatados
por la voz
de sus medias naranjas
-o cuartos o gajos de dulzura inolvidable-,
y dejaron caer sus escopetas.
Las rebeldes corrieron a tomarlas,
las apiñaron,
construyeron una pira
y fraguaron la hoguera más alucinante
en la historia de ese par
de pueblitos
extraviados
en las profundidades
de nuestra
América.

El entierro del loco fue
todo un acontecimiento.
El negro, él solo, cargaba en hombros
el ataúd.
“Llevo al hombre más cuerdo
de nosotros”, decía.
Rodaban lágrimas, pero eran pocas.
Eran pocas, como lo demostró el aguacero
que se soltó en ese instante,
reforzado por un viento
que fue modulando
a la tonalidad del sollozo.
Las mujeres se condolían
e intercambiaban ojos de mirares afligidos
y hasta los hombres
buscaban en sus cuerpos
un lugar, por pequeño que fuese,
que hubiera permanecido limpio
en la invasión de basura que habían
sufrido,
para en él arrepentirse.

Armados de palas y picos,
y teniendo a la Concordia como el general
en jefe
de su campaña,
mujeres y hombres de “Los ocotes” y “Las
milpas”
destruyeron la hilera de nopales
y socavaron para siempre la línea
fronteriza
de la que sólo quedó una vieja cicatriz
rayando el suelo.

Al destruir la frontera,
al destruirla,
y al convertir la disyunción
que escindía a los pueblos
en un puente gramatical
que los unificaba,
pasaron varias cosas
que se codearon con lo prodigioso
y que mi pluma, por introvertida
que en ocasiones aparece,
no puede dejar en el anonimato
del frasco de tinta:

Al destruir la frontera,
Lisístrata –a quien el señor cura
llamaba ahora Lisis-
llegó a su alcoba y advirtió
que en su lecho faltaba la almohada.
¿Faltaba? Sí,
conseguida la paz,
las palomas que rellenaban la funda
donde ella, noche a noche, dormía,
se fueron, aleteando, por la ventana.
La alcaldesa, con la cola del
arrepentimiento
entre las piernas, murmuró en ese instante:
“La muerte de Chon y el desdén
de mi negro,
me produjo el tumor de una culpa
que invadió mis entresijos
en propulsión de cáncer
y me hizo secretearme con la idea de.
Pero los-ojos-abiertos-hacia-adentro
de la autocrítica
y un deseo de contrición que,
desde no sé qué semilla
brotada en mi interior,
se hizo árbol entero en mi organismo,

me devolvió mi carácter de persona.
Y fue entonces cuando Lisístrata
me tendió la mano,
pero no para saludarme,
sino para ayudarme a subir
hacia la dignidad humana”.

Al destruir la frontera,
en el balcón de Elvira,
las rosas subieron un peldaño
en las escaleras hacia la luz.
Isela y uno de sus clientes
se enamoraron con tal frenesí
que al celebrarse sus nupcias,
el oficio más antiguo del mundo
se fue por la coladera.
Carolina y su compañera de siempre
hicieron a cuatro manos,
festejando su viejo enlace,
el pastel más delicioso del universo mundo
y apuntalaron su dicha
con una copa de vino rozado
por el ala del ángel de los néctares.

Al destruir la frontera,

alguien abrió la puerta de las jaulas
e hizo que todos los árboles
alegraran los ánimos melómanos
en el anochecer, cuando las llaves del cielo
se mordían la lengua.

Al destruir la frontera,
inesperadamente los “buenos días”
y las “buenas noches” empezaron
a generar insólitos aromas:
había “buenos días” con olor a piña colada,
otros a pan recién salido del horno
y en veces “buenas noches” con perfume
a café negro traído del hondón de las grutas.
Al destruir la frontera.

El cronista de esta historia,
fue huésped del par de aldeas
donde ocurrió lo escrito
sólo el tiempo y la tinta indispensables
para hacerlo.
Después, puso pies en polvorosa

y su nombre fue devorado por el viento,
dejando esos lugares y a sus aldeanos
tan perdidos como siempre.

El espacio, interpuesto entre él
y “Los ocotes y Las milpas”,
empezó a embarnecer,
a fagocitar metros y más metros,
generando una distancia
que extravió sus límites
hasta verse orillada a pedirle
kilómetros a la fantasía.

Y ahora, al dar término
a este escrito (que es una narración
dedicada a robar descaradamente
sus joyeles a las musas),
y al retener en la memoria
dos pueblos que firmaron la paz
en el pecho de sus mujeres,
amordazaron escopetas,
pusieron sus corazones a la intemperie
y se dedicaron
a rendirle pleitesía
a un amor descobijado de prejuicios,
me vuelvo a mi pluma,
la felicito de corazón,

me siento orgulloso de sus audacias
por habernos brindado,
la paz (la principal
protagonista de la trama que transcurre
en el escenario),
y un final feliz, bendito sea,
que nos hará dormir
dulce,
serenamente
arrullados por la ingenuidad
y el optimismo
hoy en la noche.

Julio de 2014.